

LA OTRA PIEL DE LA CULTURA:¹ COMUNICACIÓN E IDENTIDAD EN EL NUEVO MILENIO

*María de la Luz Casas Pérez**

INTRODUCCIÓN

Este trabajo no pretende centrar la atención en el tema de la globalización; sin embargo, este es un elemento fundamental, desde el cual debemos partir para analizar el fenómeno de las identidades, y de la identidad nacional, desde el punto de vista de la comunicación; simplemente porque el fenómeno de la globalización impone los contextos de relación donde hoy se sitúan los sujetos en una nueva realidad que debemos reconocer y explorar.

Independientemente de algunos esfuerzos académicos por definir las características y la naturaleza de la globalización como fenómeno (Casas, 1998), voces en distintas partes del mundo reclaman los estragos causados por la globalización en ámbitos diversos.

En opinión de artistas e intelectuales por ejemplo, la globalización impone a las naciones modos de ver (García Bermejo,

¹ El título de este trabajo está inspirado en la obra del canadiense Derrick De Kerckhove (1999). *La piel de la cultura: investigando la nueva realidad electrónica*. Editorial Gedisa.

* La autora es profesora-investigadora del Tecnológico de Monterrey, Campus Cuernavaca. *marilu.casas@itesm.mx*

2000: 58). Esto, además de facultar la movilidad del capital y la privatización de los servicios, también ha acelerado el tránsito de los bienes culturales de las naciones. Situación que puede verse desde dos puntos de vista: el primero, como la oportunidad de enriquecer y nutrir las diferentes culturas que se encuentran; o bien, como un atentado a la propiedad de los bienes culturales autónomos de las naciones.

Ahora bien, más allá del fenómeno de la globalización, como una resultante de un largo proceso de internacionalización de los mercados y de la reconstrucción de las hegemonías, y después de la caída del mundo bipolar, la globalización supone un replanteamiento de las estructuras hegemónicas de representación del mundo. Estas representaciones se afirman a partir de su difusión a través de circuitos culturales tecnológicos a escala planetaria.

Así, en un mundo que se conoce por poseer cada vez mejores medios de comunicación y avances tecnológicos, el sistema de relaciones económicas, políticas, culturales y de comunicación parece organizarse alrededor de conceptos espaciales urbanos (Borja y Castells, 1999: 11), en donde la tecnología nos vincula, nos ofrece nuevas categorías mentales y políticas de gestión que evidentemente tienen un impacto en nuestras formas de relación espacial y *societal*.

Hoy en día, la tecnología de información existente así como la globalización de la economía y de los contenidos de la comunicación, permiten hablar entonces de articulaciones entre tecnología, economía, sociedad y espacio nunca antes vistas en la historia de la evolución social. Como dicen Borja y Castells:

...la comunicación, en la base de las expresiones culturales de la sociedad y del imaginario de los individuos, está crecientemente globalizada. [...] Las culturas de base territorial, aun no desapareciendo, tienen que buscar formas de relación generalmente

subordinada, con unos potentes medios de comunicación globalizados que, aun sin determinar las conciencias, configuran en buena medida un hipertexto de la comunicación y la interacción simbólica (Borja y Castells, 1999: 12).

Los procesos de urbanización creciente a nivel mundial también indican una transformación profunda de los espacios de relación a nivel urbano, así como la destrucción de los ambientes rurales; esto habla de una modificación permanente de realidades sobre las cuales se habla, y con las cuales se interactúa para la construcción de identidades.

La globalización, la *informatización* y la difusión de imaginarios a través de redes de comunicación, son la constante. En este nuevo sistema generador de identidades, la articulación entre sociedad y economía, tecnología y cultura es fundamental para entender las dinámicas de lo local y de lo global y la sinergia de la cultura global.

En un mundo de globalización, la comunicación es esencial para el mantenimiento de las identidades culturales diferenciadas, lo cual permite estimular el sentido de pertenencia a una sociedad concreta (Borja y Castells, Opus cit: 15-16). Por otra parte, en una sociedad que tiende a la desintegración debido a factores de aglomeración urbana, diversidad de intereses y pluralidad, los Estados nacionales también requieren de la comunicación a fin de mantener la cohesión social.

Así, la comunicación, la tecnología de información y los nuevos medios están posibilitando las formas actuales de producir, informar, consumir, gestionar o pensar, y por tanto, se están convirtiendo en los nuevos dispositivos de la reconstrucción social. Por ello, este análisis se centra en la comunicación como proceso y en sus herramientas actuales, como punto de partida para el fenómeno de la construcción de identidades. Tomar a la

comunicación como eje, nos permitirá analizar algunos fenómenos que estimamos significativos en la generación de los procesos identitarios.

Ahora bien, es importante resaltar, que si bien entendemos que los medios de comunicación y las nuevas tecnologías de información, desde luego, no son causales a la formación de identidades, su presencia bien podría constituirse como un elemento asociado digno de ser considerado.

Parte del problema fundamental al que nos enfrentamos en el análisis de los fenómenos de la identidad desde la comunicación, es la naturaleza dinámica y cambiante de las identidades así como al impulso innovador permanente de la tecnología de comunicación que los sujetos emplean para su definición identitaria. Este trabajo se aboca al análisis de un espacio de hibridización en el cual confluyen numerosas fuerzas y vertientes dentro de las cuales hemos elegido a la comunicación como eje.

Sabemos que la comunicación como campo de estudio no ha logrado el estatus de disciplina; sin embargo, para el análisis de las identidades y en particular de la identidad nacional, no podemos evitar abrazarla como fenómeno y como punto de partida, ya que como diría García Canclini, nos invita a recorrer alternadamente dos caminos igualmente valiosos: el primero, el que nos permite la confrontación de los objetos de estudio y acción de los campos; y el segundo, el de la interculturalidad, donde las fronteras no desaparecen, sino que se mueven (citado en: Reguillo, Rossana, 2000: 68-69).

IDENTIDAD Y CULTURA

Tradicionalmente la cultura ha sido el campo de estudio propio de la antropología; no obstante, desde el fenómeno mismo de la hibridización, hoy la cultura debe ser vista como ese espacio

multidimensional en el que el hombre se expresa, y por lo tanto, ha de ser abordado no sólo desde la antropología, sino desde disciplinas diversas. No obstante, hemos de reconocer que un sesgo académico disciplinar, de manera natural, revela aspectos diversos de la cultura que, con énfasis distintos, nos muestran partes consustanciales de la naturaleza humana. Como dice García Canclini: si bien los antropólogos suelen estudiar las diferencias y preocuparse por las tendencias homogeneizadoras de la cultura; a su vez los sociólogos acostumbran a detenerse para observar los movimientos que nos igualan y los que aumentan la disparidad; por su parte, los comunicólogos tienden a pensar las diferencias y las desigualdades en términos de inclusión y exclusión (García Cardini, 2004).

Éste último es precisamente nuestro caso. En este trabajo nosotros partimos de la premisa de que la comunicación y los recursos simbólicos son los elementos fundamentales de apropiación para la construcción de identidades individuales y colectivas. Por lo tanto la comunicación puede ser pensada en términos de acceso a las tecnologías y por ende, a la apropiación o exclusión de recursos simbólicos intercambiables. En cierto sentido, los estudios comunicacionales se apoyan en la apropiación desigual de dichos recursos, en la medida en que compartir ciertos repertorios depende de estar o no, de formar parte o no, de determinado circuito de comunicación.

Como bien afirma el propio García Canclini, hemos llegado a un punto de encuentro en donde no se trata de sustituir unos marcos teóricos por otros, sino de averiguar cómo coexisten, chocan o se ignoran la cultura comunitaria, la cultura como distinción o diferencia y la *cultura.com* (García Canclini, 2004: 13-14).

Así pues, a fin de relacionar el concepto de identidad con el de la cultura, partimos de la base de que la identidad es motor de

la cultura y que la identidad nacional es producto de las fuerzas que intervienen en la conformación de las identidades nacionales desde el punto de vista de lo social y de lo político. Ambas, tanto las identidades personales como nacionales, se encuentran sujetas a los grandes discursos sociales, entre los cuales se encuentran, discursos como la modernidad o la globalidad.

A fin de definir un parámetro básico de análisis para el fenómeno cultural, estamos entendiendo aquí a la cultura como el conjunto de procesos sociales de significación, o de un modo más complejo, como el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social (García Canclini: 2004: 34). También la consideramos, en un sentido amplio, como aquello que funcionando como un signo en la realidad social, permite comprender al mundo y hablar de él, pero además, se convierte en un mecanismo que une al ser compartido con otros (Wolton, 2004: 47). Asimismo, reconocemos la capacidad inherente en todo sujeto a la producción de su cultura, sin embargo, como hemos dicho previamente, debemos reconocer también la presión inevitable de la modernidad en la generación de nuevos repertorios simbólicos.

Los sistemas simbólicos tienden a presentarse como constructos cada vez más complejos en la medida en que los sujetos incorporan identidades múltiples a las cuales solamente se puede acceder por la vía de la tecnología. Se es, en la medida en que se participa o se está conectado. La inclusión al grupo o la exclusión de ese grupo, o la pertenencia a otro, se determinan en buena medida por lo que el imaginario social propone como deseable para una determinada sociedad.

De manera particularmente interesante en todo este proceso, encontramos que las condiciones de producción, circulación y consumo de productos simbólicos y culturales ya no se generan en una sola sociedad o en un solo grupo; sino que se reelaboran

interculturalmente, no sólo dentro de una sola etnia, ni siquiera dentro de una nación, sino en circuitos globales, traspasando fronteras, volviendo porosos los tabiques nacionales o étnicos y haciendo que cada grupo pueda abastecerse de repertorios culturales diferentes. Esta configuración transversal del sentido complejiza cada sistema simbólico (García Canclini, *op. cit.*: 35).

El sujeto global se encuentra enfrentado a una cierta noción de modernidad que lo lanza necesariamente hacia una realidad compleja que es necesario escrutar. Hacia una realidad que debe, de alguna manera, *costrar sentido* a fin de alcanzar relevancia y asegurarnos la presencia de ciertas regularidades en el devenir social. Así, sin una posibilidad de construir sentido frente a sí, y frente a su realidad, el individuo se encontraría totalmente privado de identidad; por tanto, la gestión de identidades tanto a nivel personal como social, tiene su correlato en la justificación de un determinado imaginario social.

De cierta manera, todos los hombres y mujeres del mundo comparten hoy una forma de experiencia vital, experiencia del espacio y el tiempo del ser y de los otros, de las posibilidades y los peligros de la vida, a la que llamaré modernidad. Ser modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo, y que al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido, puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y de contradicción, de ambigüedad y angustia.

La nueva realidad global promete cambio, y ese es un factor que incide directamente en las fuerzas que moldean las identidades. La tecnología de la comunicación, promete hoy lanzarnos hasta los confines de nuestras limitantes físicas; por tanto, desde un punto de vista eminentemente tecnológico imprime en las identidades una exigencia de transformación constante.

Así pues, como veremos más adelante, la tecnología y los medios de comunicación se han convertido, en muchos sentidos, en reductos modeladores de la identidad. Su función, iniciada a partir de la modernidad y de los grandes cambios de la globalidad, se inserta primero en el renglón de la articulación de las identidades individuales, para a partir de ahí ir conformando lo cultural y lo nacional.

El individuo que, en su devenir cotidiano se inserta en la tecnología, comparte a la vez que contribuye con esta actividad al común denominador de la cultura. El problema es que dicha conformación cultural a nivel de los imaginarios nacionales, se disloca, ya que como dice Brunner, no existe modernidad allá donde los consumidores [de los productos culturales] no alcanzan un cierto grado de autonomía local, y cuando no existe una cultura nacional capaz de expresar la modernidad (Brunner, 1990: 23).

Lo nacional se convierte, en este sentido, en el ancla fundamental del sujeto para la conformación de comunidades básicas de relación,² siendo las identidades de grupo, a las que los sujetos se acomodan en función de los estratos a los que pertenecen, fundamentales en la conformación de identidades más amplias.

Muchas veces los elementos de defensa de las identidades, se presentan precisamente a partir de la diferenciación de los grupos con respecto de otras identidades o grupos dominantes.

² En este sentido, por ejemplo, vale la pena recordar el concepto esencial de Benedict Anderson en términos de la nación como una comunidad imaginada (Anderson, 1991).

Como dice Valenzuela: las representaciones dominantes no se construyen en el vacío sino en un marco amplio de interacciones sociales, por lo cual su prevalencia se inscribe en un marco de disputa. [...] Los sectores y grupos subalternos construyen sus autopercepciones y representaciones, conformando campos más o menos ríspidos de disputa con las definiciones de sentido de los sectores dominantes (Valenzuela, 1997 y 2004: 134).

Para resolver los espacios de la propia identidad generada, como expresión individual y de grupo, los sujetos normalmente se apropian de los recursos simbólicos y de comunicación que aparecen a su alrededor, así como de los mecanismos y canales tecnológicos para su expresión en el mundo.

El sujeto define su identidad y la expresa entonces a partir de su posibilidad de reflexión, de la expresión libre; a partir de los discursos que conoce, y de la acción y defensa de un repertorio original de contenidos simbólicos creados de manera totalmente autónoma. No obstante, el problema es la articulación permanente de las identidades en pugna. La defensa de la identidad se convierte en el principal dilema de las sociedades contemporáneas debido a la influencia de los medios de comunicación a nivel planetario.

Ahora bien, simultáneamente a los fenómenos de discusión, análisis y recrudescimiento del debate sobre las identidades nacionales y culturales, y junto con los procesos de resistencia cultural, se están dando otros en los cuales las expresiones culturales propias de los pueblos parecen diluirse en la promesa del acceso inmediato a otras realidades. Así, a pesar de las resistencias culturales a la globalidad, los sujetos se acogen voluntariamente a la tecnología para ponerse en contacto con la información del momento, para entrar en relación con otros sujetos a miles de kilómetros de distancia, todos alejados de una idea única de nación o de cultura, y en donde las distintas manifestaciones y perfiles

de la cultura se encuentran en una sola expresión tecnológica universal: la de la interconexión, la ubicuidad y la instantaneidad de la comunicación.

LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS: LA OTRA PIEL DE LA CULTURA³

Como bien dicen Borja y Castells: las grandes transformaciones históricas de la era contemporánea no se limitan a los ámbitos tecnológico y económico: afectan también a la cultura, a la comunicación y a las instituciones políticas, en un sistema interdependiente de relaciones sociales (Borja y Castells, 1997: 28). La creación y desarrollo en nuestras sociedades de sistemas de significación, se da cada vez más en torno a identidades expresadas en términos fundamentales. Identidades nacionales, territoriales, regionales, étnicas, religiosas, de género, y, en último término, identidades personales: el yo como identidad irreductible (Borja y Castells, *op. cit.*: 30).

Vivimos en una época en que la contradicción entre la diferencia y la articulación con la estandarización de la globalidad, se funden, y en donde, de una manera esquizofrénica, los diversos circuitos de comunicación parecen llevar toda suerte de mensajes, toda suerte de flujos de información, unos para reafirmar la diferencia, otros para apuntalar a la globalidad.

¿Es ésta acaso una reacción natural, producto de la dialéctica, la que nos lanza la modernidad, cuando simultáneamente al desear obtener las maravillas que nos promete la tecnología, nos encarnamos en la identidad otra, en la extraña, en la postnacional, para sentirnos ubicuos, integrados a la información planeta-

³ La piel de la cultura está tomada en este apartado, precisamente de la noción de tecnología extendida que aportan De Kerckhove y Dewdney, al considerar a las redes de comunicación y a las nuevas tecnologías como la gran piel que envuelve a nuestro mundo.

ria; mientras que, paralelamente defendemos con uñas y dientes los últimos resquicios de nuestra identidad?

A nivel de lo individual, los sujetos recurren a la tecnología para situarse en el mundo, para obtener un espacio desde el cual poder interactuar. Desde la telefonía celular, pasando por la televisión de escala global, hasta el internet, en el circuito de la globalidad, los discursos se funden con las diversas propuestas que lanza la moda, las experiencias de grupo o de conjunto y los valores promovidos por las grandes corporaciones.

Paradójicamente, en la era de las nuevas tecnologías de información y de los nuevos medios, asistimos al fin de la privacidad: los medios electrónicos han fundido la división entre lo público y lo privado. Lo que circula a través de los grandes circuitos de comunicación ya no es de quien lo produce, sino que es de todos. La vida privada de una personalidad de pronto es patrimonio cultural de la humanidad.

Las identidades privadas, o de grupo, se convierten en reductos que debemos proteger, defender y difundir, porque en la medida que invadan los circuitos de comunicación serán menos vulnerables de ser eclipsadas por la presencia de identidades más poderosas.

En los nuevos circuitos de comunicación, la información contenida en bases de datos acerca de quiénes somos, qué hacemos, en dónde vivimos o qué es lo que consumimos, se está convirtiendo en un activo para la acción social y para la dominación política.

La antigua noción de lo privado, basada en la moralidad y en la territorialidad, lo que es de uno y no de todos, lo que me corresponde a mí, lo que es parte de mi identidad, está llegando a su fin.⁴ Otras redes, soportadas primordialmente por la tecno-

⁴ En este punto, no hay que olvidar, por ejemplo, la noción liberal de Estado emergiendo justamente en función de lo que es privado por contraposición

logía, se encuentran fluyendo en dirección opuesta a la construcción de la privacidad de los sujetos.

A nivel mundial más y más personas se encuentran interconectando sus identidades en redes e interactuando entre sí.⁵ Las estructuras ancestrales de articulación de identidades colectivas no encuentran ya sus formas de difusión solamente en las condiciones de articulación de la cultura, sino también en el registro y en la difusión simbólica de lo que se hace y lo que se promueve como esencia identitaria.

En opinión de algunos autores, esta transformación de las bases identitarias de los sujetos a nivel privado, eventualmente conducirá a la gestión de una experiencia de conciencia colectiva que transformará no sólo las estructuras sociales, sino también las estructuras políticas y culturales del mundo, tal y como las conocemos actualmente (Dewdney, 1998; De Kerckhove, 1999).

Hoy la tecnología de comunicación es vista como *la nueva piel de la cultura*. Los sujetos podemos acceder alternadamente a tecnologías diversas según nuestras necesidades, cambiando con ello los repertorios simbólicos que intercambiamos, y los sujetos con quienes nos relacionamos, junto con nuestros patrones de interacción. La nueva piel tecnológica de la cultura incluye desde las transformaciones identitarias actuales, que implican la capacidad para alterar nuestra apariencia física, a través de la biotec-

a lo que es público, como tampoco debemos olvidar la noción de territorio, establecida tradicionalmente como parte de la definición del ámbito colectivo de la nación. La incidencia de las transformaciones actuales de estos conceptos en la conformación de las identidades, a partir de la pérdida de los ámbitos de lo público y lo privado en territorios efímeros, resulta evidente.

⁵ No es ésta, por supuesto, una situación en la que se encuentren en estos momentos la mayoría de los mexicanos; sin embargo, en la medida en que más y más sujetos se conecten, el poder de los colectivos electrónicos terminará por redefinir la noción de las identidades individuales y de lo que constituye el ámbito de la vida privada.

nología, hasta la capacidad de estar presentes a distancia a través de las nuevas tecnologías de información. Por tanto, nos encontramos en la transición de una era humana a una post-humana,⁶ en la cual la tecnología y la cultura se convertirán en nuestra piel. El énfasis de esta perspectiva, radica en el viejo aforismo *McLuhaniano* que dice que el medio es el mensaje,⁷ en otras palabras, que la tecnología de comunicación de la que se dispone en una determinada sociedad, en un determinado momento de la vida social, condiciona no solo la perspectiva que el sujeto obtenga de la realidad, sino también el tipo y calidad de las interacciones que es capaz de tener.

Por primera vez en la historia de la humanidad, la tecnología está posibilitándonos a superar nuestras limitaciones físicas y a expandir nuestras capacidades. Podemos decir en este sentido, que la ingeniería genética, la inteligencia artificial, la neurociencia, los sistemas de reconocimiento de voz, la realidad virtual y otras herramientas científicas y tecnológicas se encuentran ampliando cada vez más nuestra capacidad de expresión cultural.

En este sentido, las nuevas tecnologías de información y de comunicación, pero sobre todo la era digital que ha traído consigo la sociedad de la información, son en buena medida responsables de la manera como percibimos el mundo, de la forma como nos interconectamos con otros y de la capacidad que tenemos de expresarnos en él.⁸

⁶ En lo personal no me agrada el término, sin embargo no encuentro otra forma de traducir al español lo que los autores denominan *post-human era*.

⁷ "The Medium is the Message", frase acuñada por el pensador canadiense Marshall McLuhan. Ver por ejemplo su obra: McLuhan, Marshall (1964). *Understanding Media: The Extensions of Man*, New American Library. Aquí el autor hace por vez primera la referencia a la forma como los seres humanos nos vinculamos con el mundo, así como al final de la era de la imprenta con la llegada de la era de la comunicación electrónica.

⁸ Háganse pues las inferencias necesarias hacia las construcciones identitarias

Gracias a las nuevas tecnologías de información, el mundo físico puede, por primera vez ser transformado en contenido y puesto a disposición de los circuitos culturales.⁹ Por tanto, ante la imposibilidad de percibir de manera directa la realidad compleja, nuestra experiencia de lo que es el mundo físico se encuentra dependiente enteramente de lo que nos proporcionan los medios de comunicación. Los medios han eclipsado nuestra capacidad de percibir la realidad sobre la base de ejes espacio-temporales, lo cual eventualmente conduce a un estado de dislocación.¹⁰

Pasamos demasiado tiempo consumiendo contenido simbólico presentado por los medios, del cual no sabemos absolutamente nada. Los medios, por su parte, se regodean en el uso de la tecnología digital para transformar artificialmente la realidad haciéndola cada vez más atractiva o impactante, pero desligándola totalmente de la experiencia real. Estamos tan familiarizados con los contenidos mediáticos que ya no cuestionamos sus criterios de validez.

Admiramos la posibilidad de ser subyugados por un buen efecto visual o auditivo, y por la capacidad de estar conectados con otros a través del teléfono o la computadora. Hemos aprendido a identificarnos con seres incorpóreos, y a convertirnos nosotros mismos en uno de ellos. A través de extender nuestros

de los sujetos a nivel personal y colectivo, con su consiguiente referente a las consignas relativas a la necesidad o no de una identidad nacional.

⁹ De hecho, la frase que Christopher Dewdney utiliza es “downloaded into content”, la cual es todavía más contundente al implicar que el mundo físico como tal puede ser capturado, contenido, transportado y alterado gracias a la tecnología digital. Christopher Dewdney (1998). *Last Flesh. Life in the Transhuman Era*. HarperCollins Publishers., p. 129.

¹⁰ Dewdney consigna, que los nuevos medios de comunicación nos desorientan, nos presentan realidades alteradas espacio-temporalmente, nos lanzan a los circuitos de comunicación permitiéndonos, por ejemplo, estar en dos lugares a la vez.

sentidos por sobre las dimensiones naturales del tiempo y el espacio, hemos iniciado la transformación de nuestras identidades y la migración de la conciencia fuera de nuestros cuerpos físicos.

La analogía permanente de la innovación tecnológica nos recuerda nuestro propio sentido de evolución y cambio; en ese sentido, la tecnología enmarca muy bien con la idea de la modernidad y nuestra inserción hacia el circuito de medios se sostiene nuevamente con el concepto necesario del progreso.

Se nos olvida que hasta este momento en la historia de la evolución humana, la conciencia había estado sustentada sobre la base de un mundo en dos dimensiones: tiempo y espacio. El fenómeno de agregación de tecnologías multimediáticas se encuentra alterando esta dimensionalidad. Las confrontaciones que este fenómeno produzca quizás podrán llegar a visualizarse solamente a futuro. Los psicólogos de la cognición por ejemplo, se preguntan actualmente si las nuevas tecnologías de información, particularmente la computadora y los video-juegos, afectarán la manera en que concebimos nuestra identidad.¹¹

Así pues, la globalidad y el cosmopolitismo son dos tendencias contemporáneas a través de las cuales los sujetos ampliamos

¹¹ Marvin Minsky, un científico del Massachusetts Institute of Technology (MIT), en su libro *The Society of Mind*, se ha propuesto, por ejemplo, establecer la manera en la que nuestra conciencia a nivel de la identidad personal está constituida por un conjunto de sub-rutinas de información que van articulando lo que conocemos a nivel inconsciente, y cómo toda esta información eventualmente se recompone al nivel de la conciencia para proporcionarnos un sentido de identidad. En este sentido, la computadora hoy en día se ha convertido en el equivalente de lo que fue el libro con la invención de la imprenta, o la máquina en la época de la revolución industrial, a fin de proporcionarnos un sentido de uno mismo como insertado en un todo social. De manera equivalente, es imposible no pensar en que el mundo moderno ha sido transformado por las computadoras (citado por Christopher Dewdney, *Op. cit.*: 157 y 158).

el repertorio de nuestra cultura y extendemos nuestro sentido de identidad. El cine, la televisión, internet y otros recursos contemporáneos de información sirven como los menús que seleccionamos para adquirir nuevos componentes para la conformación de las identidades personales, regionales, de género, locales, nacionales, etc. El mundo global nos proporciona una plétora de modelos culturales que podemos asimilar a través de los nuevos medios. Y es que la era digital todo lo permite y todo lo articula. Así pues, pese a la contradicción inherente entre las nociones de individualidad y colectividad, los medios de comunicación son capaces de emular la universalidad y ensalzar la diferencia y nosotros no encontramos la contradicción en ello. Aparentemente no hay ninguna diferencia entre el original y la copia; en la era digital ya no se sabe cuál es cual. Por tanto, es naturalmente factible que las identidades permanezcan y salgan de las redes, se funden en comunidades temporales, y desaparezcan para re-articularse de nuevo. Los sujetos han comenzado a desarrollar la habilidad para obtener y producir información que les permite reconstruirse según sus necesidades. Las identidades también son temporales o permanentes, según sea el caso, como lo señaló en su momento Howard Rheingold al referirse a las comunidades virtuales presentes en la red (Rheingold, 1993).

La cultura en la era digital reviste características especiales que permiten su transformación continua. Los sujetos pueden alterar permanentemente las condiciones de los mensajes que circulan en las redes de comunicación sirviéndose de ellos y transformándolos a la vez. En la era tecnológica de la globalidad las identidades entonces se consideran aquellos atributos culturales, o conjunto relacionado de atributos culturales, que se construyen a través de un proceso de individualización al que se da prioridad sobre el resto de las fuentes de sentido (Castells, 1999: 28-29). Las nuevas comunidades ya no son físicas o terri-

toriales, sino que se construyen a partir de la creación de nuevos soportes tecnológicos para la sociabilidad (Castells, 2001: 146).

Queda la pregunta, sin embargo, acerca de si las identidades son construidas por la red, o si el desarrollo de Internet simplemente está proporcionando un apoyo electrónico al tipo de relaciones que se desarrollarían de igual manera en otros contextos. Lo cierto es que, ante la posibilidad de acceder a la tecnología, los sujetos parecen elegir el recurso para el establecimiento de relaciones sociales, y por lo tanto para el afianzamiento de redes identitarias.

Los individuos que vivimos en comunidad, entramos y salimos alternadamente de espacios que nos ofrecen los medios para la información, decodificación e interpretación de significados que eventualmente se volverán parte de los lenguajes de interacción que facilitarán la comunicación de comunidades reales y virtuales.

La nueva piel de la cultura, es construida entonces por los individuos aisladamente, y por la comunidad en su conjunto, a través de la superposición de símbolos, signos, códigos e interpretaciones que le son comunes y que se van acumulando como parte del bagaje cultural, que se crea y recrea usando a los medios de comunicación y a las nuevas tecnologías como vehículos no sólo de difusión, sino también de agregación y superposición de niveles de interpretación cultural.

Nuevos “supertextos” se constituyen como híbridos a través de la superposición reflexiva de varias realidades dentro de un mismo discurso mediático (Castells, 1997). En otras palabras, las nuevas comunidades culturales, en la era electrónica, no solamente producen y crean códigos de interrelación y comunicación propios sino que también se alimentan de un repertorio de comunicación global que trasciende las fronteras y que circula

por circuitos varios de comunicación a distintos niveles y a través de distintos medios.

La tecnología de información y de comunicación parece haberse convertido entonces en la nueva piel de nuestra cultura; en un vehículo para la migración de las identidades personales hacia las identidades colectivas, pero también en un recurso para el afianzamiento de la diversidad y de la diferencia.

Los sujetos entran a las redes a conocer el repertorio simbólico global que se encuentra a disposición, se apropian de él y lo rearticulan a fin de convertirlo en un recurso identitario más y de expresión de su cultura. Así, no obstante la aparente estandarización de los contenidos mediáticos, las tecnologías también operan como contrapeso a las corrientes uniformizadoras de la cultura, respondiendo de manera análoga a las formas tradicionales de expresión y de articulación de las vivencias y de las identidades.

COMUNICACIÓN, CULTURA Y NUEVAS EXPERIENCIAS DE LA GLOBALIDAD

Nos encontramos rodeados por mensajes cada vez más numerosos que circulan con creciente rapidez, amplían nuestra visión del mundo y obligan a los individuos a aumentar sus conocimientos y a modificar sus sistemas de interpretación. No solamente los medios de comunicación se empeñan en transformar la realidad para presentarnos un mundo caótico envuelto en la fantasía, sino que también los sujetos inmersos en los circuitos de comunicación hemos aprendido a insertar nuestras propias visiones de realidad, individuales y de conjunto. El mundo, por tanto, se ha convertido en un lugar cada vez más inestable.

La identidad y la movilidad, según Wolton, son la otra cara de la globalidad; y es que en la actualidad buscamos tanto afir-

mar nuestra identidad, como conducir nuestra movilidad (Wolton, 2004: 26). En ese sentido, se trata del mismo fenómeno de la comunicación, ya que a mayor movilidad, mayor interacción, y por tanto mayor necesidad de afirmar la identidad.

La movilidad por ende, trae como consecuencia la adquisición de nuevos repertorios simbólicos y la rearticulación de mundos de significado.

Dice Wolton:

Cuanto más circulan los individuos, más se abren al mundo, cuanto más se abren al mundo participando en la modernidad y en una suerte de “cultura mundial”, más necesidad experimentan de defender su identidad, cultural, lingüística, regional (Wolton, 2004: 26-27).

Y no es que ambas cuestiones sean necesarias o inevitables. Los individuos requerimos del intercambio comunicativo y a la vez deseamos conservar nuestra cultura. Ése es precisamente uno de los contrasentidos de la globalidad: confundir la necesidad de movilidad, de intercambios, de libertades, de interacciones, con la necesidad de identidad y cultura. En opinión de este autor, la relación es precisamente la inversa, es decir, no hay que optar sino buscar ambas posibilidades del sujeto. Por tanto, es imprescindible que el individuo busque mecanismos de enlace que le permitan vincularse a aquellos con quienes convive.

Ahora bien, hoy en día la convivencia se extiende más allá de los límites del Estado-nación y más allá de los miembros de la comunidad inmediata. Esta es, de hecho, una de las consecuencias de la globalización, o como ha dicho Armand Mattelart, de la mundialización; la otra es el surgimiento de una nueva problemática de identidad cultural colectiva.

Hay pues una sorprendente contradicción entre, por un lado, *una realidad mundial que se fragmenta en el plano cultural y social* y, por el otro, *la persistencia de un discurso que se muestra receloso respecto de cualquier problemática cultural colectiva y sólo se interesa por los individuos*. En esto consiste el cambio de estatuto de la identidad cultural. Junto a las identidades culturales individuales, vemos resurgir una reivindicación cultural colectiva referida a las lenguas, la historia, las tradiciones. [...] El discurso oficial sigue siendo el del individualismo, mientras que el fin de las grandes referencias sociales e ideológicas, sumado a los desórdenes causados por la mundialización, impone reanudar lazos con las identidades culturales colectivas (Wolton, 2004: 58).

La problemática de la apropiación intercultural en nuestro tiempo, radica entonces en la aceleración de los procesos, producto de la nueva tecnología de información, y particularmente en un momento como el actual en que las identidades son políglotas, multiétnicas, migrantes y hechas con elementos de varias culturas, cuando por primera vez [en este nuevo siglo], la mayor parte de los bienes y mensajes que recibimos no son producidos en el propio territorio, ni llevan vínculos que los ligen a la comunidad nacional, sino que más bien pertenecen a un sistema desterritorializado (García Canclini, 1992: 32-33).

Por otra parte, la economía global y la sociedad de flujos ha propiciado una situación difícil: el reto de los Estados nacionales es precisamente resultante de la tensión permanente entre los flujos irrestrictos de información y la exclusión de lo incluyente, es decir, el fundamentalismo concreto de las identidades nacionales frente a la globalización abstracta. Y es que, como dicen Borja y Castells:

[en] una sociedad en la que el poder y la función se organizan en flujos, el significado de la experiencia se organiza en torno a identidades potencialmente irreductibles. La emergencia de fundamentalismos de todo tipo en nuestra sociedad no es sino el espejo simétrico del vaciamiento progresivo de contenido, de experiencia, de control social, en el espacio de los flujos en los que se expresan las redes de poder global (Borja y Castells, 1997:30).

Como ha dicho también nuestra colega Lourdes Arizpe, los nacionalismos están resurgiendo (Arizpe, 2005).

Ahora bien, en una situación de interculturalidad como ésta, las culturas se configuran no sólo por las diferencias entre culturas desarrolladas de manera desigual, sino por las maneras desiguales en que los grupos se apropian de elementos de varias sociedades, los combinan y los transforman. El objeto de estudio de una situación tan particular como la que ahora se nos presenta, dice García Canclini, ahora debe ser no sólo la diferencia, sino también la hibridación (García Canclini, 1992: 34).

Hoy las sociedades modernas son “policulturales” en el sentido de que agrupan en su seno tanto los fenómenos culturales del consumo masivo, como a elementos de la cultura nacional, de tal manera que la resultante acaba siendo una cultura “cosmopolita por vocación y planetaria por extensión”; o dicho de otra manera, una cultura producto de una dialéctica producción-consumo en el seno de una dialéctica global de industrialización planetaria (Morin, 1962).

Los medios de comunicación juegan un importante papel en este proceso, ya que entre otras cosas, la redistribución masiva de los bienes simbólicos tradicionales por los canales electrónicos de comunicación, genera interacciones más fluidas entre lo culto y lo popular, lo tradicional y lo moderno (García Canclini, 1990: 183).

CULTURA E IDENTIDAD NACIONAL: EL PAPEL DEL ESTADO

En la frenética variedad del mundo moderno aparece de pronto, con rara insistencia, el tema de la identidad. Como si el desacostumbrado número de las opciones que se nos ofrece recordara a nuestra alma que, en ocasiones, la abundancia va de la mano de la desintegración, y requiriéramos entonces un escudo que preservara nuestra memoria, las hazañas realizadas por nuestros ancestros, evitando el olvido de las obras del ingenio humano que confieren el sentido de pertenencia y nos llevan a admirar la región o nación de nuestro destino (Flores Olea, 1993).

Uno de los elementos que hemos introducido aquí como correlato de la globalidad, es la identidad nacional. Es la identidad, primero cultural y luego nacional, la que nos define como sustancialmente diferentes dentro del torrente globalizador. Son constantes, por tanto, las referencias hacia el tema de la identidad, entendida como la necesidad social de no diluirse en el proceso, y la conveniencia política de identificar a la nación con el proyecto modernizador.

A lo largo de nuestra historia, en México ha habido numerosas discusiones en torno al tema de la identidad nacional, particularmente en períodos en que políticamente el proyecto de nación, se definiría esencialmente como un proyecto modernizador.

Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Antonio Caso, José Vasconcelos, Octavio Paz, Carlos Fuentes y Carlos Monsiváis, son algunos de los pensadores que desde distintos ámbitos, particularmente el de la filosofía, han debatido el tema de la identidad nacional. Sin embargo, quizás sea Roger Bartra quien mejor nos sirva al propósito de indicar que el debate sobre la identidad na-

cional y la creación de los mitos nacionales, no hace sino reflejar ese reacomodo social que se da en presencia de la modernidad, cuando adaptando las ideas de Clausewitz, el gran táctico militar del siglo XIX, dice:

Los mitos nacionales no son un reflejo de las condiciones en que vive la masa del pueblo ni una diversión falsa (ideológica) de la conciencia. Más bien, “como parte de la cultura son, digamos, la prolongación de los conflictos sociales por otros medios (Bartra, 1987: 238).

Existe por un lado, ese proceso continuo que significa día con día “hacer la mexicanidad”; pero de la misma manera existe la necesidad de la formación del mito de la mexicanidad, como correlato político de una idea de nación, creada para satisfacer el discurso de la unicidad social necesario en todo proceso de modernización social.

Es evidente también que existen muchos Méxicos, y que somos un país plural en donde cohabitan modos de cultura distintos. No obstante, hay una pugna por definir y proteger nuestra identidad cultural en presencia de la redefinición de nuevos proyectos de nación, o de la formación de una nueva identidad nacional.

Volteemos la mirada ahora a los proyectos de nación que nuestro país ha instrumentado a lo largo de las diferentes vidas de su sistema político, parte como elemento unificador de los discursos, y parte como elemento constructor de un imaginario social de progreso y modernización, y estaremos en presencia de nuestra identidad nacional. Descubramos ahora los nexos que vinculan una y otra concepción, fundiéndolas a veces en una sola, y apuntaremos a destacar uno de los mecanismos modernizadores más importantes en operación: el de la construcción de

los discursos de la modernidad a través de los medios de comunicación colectiva.

Quienes todavía sostienen que el problema de la identidad, en cualquiera de sus dos acepciones, es cultural o nacional, quizás se queden cortos al señalar sólo una parte del problema. El análisis debiera centrarse en las formas en las que estructuralmente se están entrelazando los mecanismos culturales con los mecanismos de cooptación política y económica. No hay que olvidar que, a últimas fechas, el espacio de los medios ha capturado también al espacio político. Por ello no es que la política sólo opere en los medios de comunicación, pero sí que el nivel simbólico de la política es en cierta medida responsable del imaginario que circula a través de los circuitos culturales que inciden en la identidad. Esto es lo que Borja y Castells, han dado en llamar *la sociedad de flujos* (Borja y Castells, 1997: 29-30), es decir una sociedad en que la base material de todos los procesos están organizados en redes de información. La lógica de la sociedad de los flujos escapa frecuentemente a sus controladores, como saben los gobiernos que luchan por regular los mercados financieros, o los dirigentes políticos o económicos, llevados y traídos por las campañas y las conspiraciones cruzadas y contradictorias en los medios de comunicación.

En todo caso, quizás la discusión debiera centrarse más en torno de un proyecto nacional, que aglutine en sus propuestas la premisa inherente de una fusión cultural, característica de una modernización esencialmente económica. Esto frente a las protestas de algunos sectores intelectuales, quienes reaccionan a las propuestas de ese proyecto modernizador; en la manifestación clara, una vez más, de una preocupación no tanto cultural sino política, relativa a la ausencia de participación social en la definición de un proyecto modernizador nacional que haga frente a los embates inevitables de la globalización tecnológica.

En muchos sentidos creemos que el nacionalismo mexicano se ha eclipsado en aras de una identidad postnacional global que no reconoce fronteras culturales, sino que se funde con las otras identidades: las del consumo, las de la tecnología, las de la globalización.

Y es que para países como el nuestro, la problemática consiste en la superación democrática del autoritarismo aunado al atraso económico, lo cual implica el problema de superar el orgullo nacionalista para construir una nueva identidad basada en las formas pluriculturales y democráticas de una vida cívica que forme parte del mundo occidental. Como dice Roger Bartra, no tenemos más remedio que enfrentar al fragmentado mundo occidental del que formamos parte (Bartra, 1991: 17-19).

El avance de las identidades culturales cambiantes marcha inexorablemente, pero no sabemos si a la par de nuestra identidad nacional. Y es que, mientras la sociedad mexicana parece estar desarrollando paulatinamente sofisticados procesos culturales de adopción, asimilación e hibridización de las culturas; en el aspecto político, la transición hacia una cultura cívica universal, que dé paso a una rica y democrática multiplicidad, se enfrenta todavía a crisis de gobernabilidad y legitimación del sistema. Sobre esto último, recordemos además, las palabras de Carlos Fuentes al decir que la cultura actúa como elemento de adhesión e identificación de la identidad, pero sólo en la medida en que su variedad sea respetada y pueda manifestarse libremente (Fuentes, 1991: 15); y por otro lado afirma que en su desarrollo económico, nuestro país ya no puede privarse de su escudo político que es la democracia; ni de su escudo social que es la justicia; ni de su escudo mental que es la cultura.

Fuentes apunta que la modernidad ha sido nuestro fantasma constante, nos ha acompañado a lo largo de toda nuestra historia (Fuentes 1992, 29). La realidad, dice el autor, es que debemos

hacer cuentas con nuestro pasado para enfrentarnos a esa historia y asumir lo que somos. Mientras no asumamos lo que somos no podremos seguir adelante. Ahora bien, parte del reconocimiento de la propia identidad estriba en el reconocimiento del otro, en la conciencia de lo extraño, que acaba por enriquecernos.

En otras palabras, la necesidad de una identidad cultural colectiva resurge en la medida en que el énfasis en la individualización de los sujetos, pone en peligro la subsistencia de los Estados nacionales. La vinculación de los sujetos a colectividades aisladas, ajenas a las características unificadoras del Estado-nacional resulta amenazante para la institucionalidad social en la medida que hace referencia a una problemática política.

En síntesis, la identidad cultural individual es un hecho social que no se puede sustraer a la velocidad de los intercambios y la novedad en las interacciones. En cambio, la identidad cultural colectiva o nacional se convierte irremediamente en un hecho político, y por lo tanto, se torna prerrogativa del Estado.

Hasta donde podemos ver, el Estado mexicano no ha asumido una posición definida frente a los cambios que han traído consigo los actuales medios ni las nuevas tecnologías de comunicación. Ni una posición de reflexión, ni de crítica, ni de propuesta. Como si los cambios a nuestro alrededor no se dieran en el mundo, y como si la sociedad mexicana no se encontrara cambiando a pasos acelerados.

A diferencia de otras naciones, nuestro país no ha tomado *el toro por los cuernos* respecto a la definición de una política cultural autónoma y de una defensa de identidad nacional; como tampoco ha asumido una posición definida en las grandes discusiones internacionales con referencia a la proliferación de nuevas tecnologías en el marco de la sociedad de la información. Resulta increíble pensar que, frente a la mundialización y a los

nuevos desarrollos en materia de comunicación, el Estado haya dejado de lado la esfera cultural, cuando que:

[...] los proyectos de desarrollo nacional sólo tienen sentido, o no lo tienen, si son expresiones de un proyecto cultural. Hay que considerar que no hay desarrollo en abstracto. El crecimiento y la transformación de los grupos humanos concretos siempre se dan en función de una historia, un presente y un futuro deseable, a partir de su propia peculiar visión del mundo, de su sistema de valores, de sus conocimientos y formas de organización, de sus deseos y esperanzas; en fin, de su cultura. Por ello, “la cultura no es una dimensión o un elemento más del desarrollo, sino el marco general en el que éste se ejecuta, y por el cual, se realiza. En síntesis, la “cultura” le da al proyecto nacional su razón de ser (Haza Remus, 1988: 12).

La problemática fundamental, radica entonces en que frente a la emergencia abrupta de identidades híbridas como resultado de las presiones globalizadoras de la tecnología, y ante la presión de las identidades personales que claman por la diferencia, los Estados nacionales se ven en la incapacidad de articular identidades nacionales vivas y cambiantes.

El resultado de estos procesos contradictorios entre la globalización tecno-económica y la especialidad creciente de las identidades es la crisis sistémica de los estados nacionales. Por un lado, no son suficientes para controlar los flujos globales y su organización puede ser demasiado rígida para adaptarse a los cambios del sistema mundial. Por otro lado, la pluralidad de identidades territoriales y culturales que aspiran a ser representadas por los estados nacionales generan procesos crecientemente conflictivos, y en último término, tienden a deslegitimar la idea de la representación nacional, es más, cuanto más centralizado es

un estado más difícil le es establecer un puente entre el sistema global y las distintas culturas y territorios que forman parte de la nación. En estas condiciones, los gobiernos locales y regionales están emergiendo, en todo el mundo, como entidades más flexibles, unidas al terreno de sus identidades, potencialmente capaces de negociar una adaptación continua a la geometría variable de los flujos de poder. [...] La reconstrucción de un estado flexible y dinámico, articulado entre sus diferentes niveles, parece la única posibilidad histórica de superar las tendencias disolventes de las sociedades de la información inscritas en la dicotomía entre los flujos de poder y el particularismo de la experiencia (Borja y Castells, 1997: 31).

La pregunta esencial acerca del fenómeno de la conformación de las identidades nacionales en el marco de la globalidad, subsiste, pero ¿cómo discernir en medio de esos cruces de identidades qué es lo propio de la cultura de un pueblo, y qué es lo generado por factores exógenos? ¿Es factible hacer esa separación? ¿Qué elementos culturales y provenientes de qué orígenes, son los que mayoritariamente participan? ¿Qué sujetos, qué actores sociales y políticos, son los que operan en la conformación de los grandes discursos nacionales y globales? ¿Qué papel juegan los medios y las nuevas tecnologías de comunicación? Estas y otras interrogantes son las que han guiado nuestra reflexión. No nos queda sino reconocer que, en su conjunto, todos estos factores se combinan para formar parte del imaginario social al que todos contribuimos y del que todos nos alimentamos culturalmente.

El momento coyuntural que vive nuestro país, sintetiza el ejercicio de muchas fuerzas que se vienen gestando desde nuestra supuesta constitución como nación; sin embargo, es en este siglo que aparecerán nuevos imaginarios sociales, producto de la tecnología y de las fuerzas culturales de la globalidad, que se-

guramente presionarán hacia una recomposición de los valores originarios de nuestra identidad nacional.

Lo que resulta evidente del planteamiento anterior, es la necesidad de asumir que estamos ante una nueva piel de nuestra cultura, y por tanto, de revisar cuidadosamente el papel desempeñado por los medios y las nuevas tecnologías de comunicación en todo el proceso.

OBRAS CONSULTADAS

- Anderson, Benedict (1991). *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*. Nueva York, Verso.
- Bartra, Roger (1991). “La venganza de la Malinche: hacia una identidad postnacional”. *Este país*, abril.
- _____ (1987). *La jaula de la melancolía: identidad y metamorfosis del mexicano*. Grijalbo.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1991). *Pensar nuestra cultura*. Alianza Editorial.
- _____ (1991). “Dimensiones culturales del Tratado de Libre Comercio”. *México Indígena*, núm. 24, septiembre.
- Borja, Jordi y Manuel Castells (1997). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid, Taurus.
- Brunner, José Joaquín (1992). “América Latina en la encrucijada de la modernidad”. En: Comunicación, identidad e integración latinoamericana. *Memorias del VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social*. Vol. I. En torno a la identidad latinoamericana.
- Brunner, José Joaquín (1990). “Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana”. *Documentos de trabajo FLACSO*. Serie Educación y Cultura, núm. 4. Santiago de Chile.
- Camou, Antonio (1992). “Once notas sobre la ‘transición mexicana’. Gobernabilidad y democracia”. *Nexos*, núm. 170.

- Casas Pérez, María de la Luz (1998). "Consideraciones y consecuencias metodológicas en torno a la globalización y la comunicación". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. UNAM/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Año XLIII, núm. 171.
- Castells, Manuel (1996). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Vol. III. El poder de la identidad. México, Siglo XXI.
- Casullo, Nicolás, comp. (1989). *El debate modernidad pos-modernidad*. Buenos Aires, Puntosur.
- Constantino Toto, Mario (2000). "Participación Ciudadana". En: Baca Olamendi, Laura, coord. *Léxico de la Política*. México, FCE.
- Cruz, Alejandro (2001). "Los cambios del cambio". *Nexos*, julio.
- De Kerckhove, Derrick (1999). *La piel de la cultura: investigando la nueva realidad electrónica*. Madrid, Gedisa.
- _____ (1999). *Inteligencias en conexión. Hacia una sociedad de la web*. Madrid, Gedisa.
- Dewdney, Christopher (1998). *Last Flesh. Life in the Transhuman Era*. Nueva York, Harper Collins Publishers.
- Esteinou, Javier (1992). "¿Hacia el fast track de la desnacionalización mental? Comunicación y cultura social en el neoliberalismo". *Revista Mexicana de Comunicación*, año V, núm.26, noviembre-diciembre.
- _____ (1991). *La televisión mexicana ante el modelo de desarrollo neoliberal*. México, Fundación Manuel Buendía y Programa Cultural de las Fronteras.
- Fernández Reyes, Otto (1993). "El dilema de la modernidad". En: *Suplemento especial de Política. El Nacional*, 28 de enero.
- Flores Olea, Víctor (1993). "Identidad nacional. Los rostros en movimiento". *La Jornada Semanal*, núm.186, domingo 3 de enero.
- Fuentes, Carlos (1992). "La pasión del futuro". *Nexos*, núm. 175, julio.
- _____ (1991). "Nacionalismo e integración". *Este país*, abril.
- _____ (1990). *Valiente mundo nuevo*. México, Fondo de Cultura Económica.

- García Bermejo, Carmen (2000). "Opinan artistas del Festival Internacional Cervantino. La globalización puede eclipsar la diversidad y destruir las raíces". *El Financiero*, martes 17 de octubre.
- García Canclini, Néstor (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Madrid, Gedisa.
- _____ (1992). "Museos, aeropuertos y ventas de garage. La cultura ante el Tratado de Libre Comercio". *La Jornada Semanal*.
- _____ (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Grijalbo y Conaculta.
- Gilly, Adolfo (1988). "La otra modernidad". *Nexos*, núm. 124, abril.
- Gutmann, Matthew (1993). "Culturas primordiales y creatividad en los orígenes de lo mexicano". *La Jornada Semanal*, núm. 186, domingo 3 de enero.
- McLuhan, Marshall (1964). *Understanding Media: The Extensions of Man*. Nueva York, New American Library.
- Mattelart, Armand (1996). *La comunicación mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. México, Siglo XXI.
- Monsiváis, Carlos (1987). "Muerte y resurrección del nacionalismo mexicano". *Nexos*, núm. 109, enero.
- Paz, Octavio (1967). *Corriente Alterna*. Siglo XXI.
- Reguillo Rossana, Carles Feixa, Mónica Valdez, Carmen Gómez-Grannell y José Antonio Pérez Islas, coord. (2004). *Tiempo de Híbridos*. México, Secretaría de Educación Pública/ Instituto Mexicano de la Juventud, Generalitat de Catalunya/ Departamento de la Presidencia/ Secretaria General de Juventud/ CIIMU.
- Rheingold, Howard (1993). *The Virtual Community: Homesteading on the Electronic Frontier*. Massachusetts, Addison Wesley.
- Touraine, Alain (1990). "Modernidad y especificidades culturales". En: *Vertientes de la modernización*. CEN PRI.
- Unomásuno* (1991). "Se opone Canadá a incluir su industria cultural en el TLC". 17 de mayo.

Vatimmo, Gianni (1990). *La sociedad transparente*. Buenos Aires, Paidós.

Wolton, Dominique (2004). *La otra mundialización*. Buenos Aires, Paidós.